

DE LAS CENIZAS AL TRIUNFO

No importa cuán larga sea la carrera de relevos –no importa cuántos sean los corredores–, una cosa permanece, la misma desde el principio hasta el mismo fin: la antorcha. Desde el primer corredor, hasta el último, la antorcha pasa de una mano a otra.

Desde el primero, Adán, la antorcha ha sido llevada a través de los siglos por una sucesión de leales, y llegará seguramente a su destino cuando la larga carrera termine al venir Jesús por segunda vez.

¿Qué simboliza la antorcha? Es la Buena Nueva: Jesucristo y su verdad, aquella que él compartió con el mundo durante su corta vida, y que continúa compartiendo a través de su Palabra.

De un siglo a otro, la antorcha pasó

- De Adán y los patriarcas del Antiguo Testamento... a Israel y sus profetas.
- De Israel... a la iglesia cristiana primitiva.
- De la iglesia primitiva... a la iglesia de la larga Edad Oscura.
- De la iglesia en el desierto... a los valientes líderes de la Reforma.

- De los reformadores... a los dirigentes del Gran Movimiento del Segundo Advenimiento.

La Reforma Protestante sacó de nuevo a la luz verdades por mucho tiempo olvidadas y deliberadamente suprimidas. Denunció a una iglesia que se había vendido al enemigo, reemplazando la verdad por el error y las mentiras, y enfrentando a los que rehusaban someter su lealtad a Dios para salvarse.

Hombres dedicados fueron los que ayudaron a pasar la antorcha de la verdad durante la Reforma, haciéndola progresar: hombres como Lutero, Zwinglio, Calvino y Melanchthon. Pero también lo hicieron miles de otros fieles cuyos nombres nadie conoce.

Pero, veamos por unos momentos el asunto de los túneles. Hoy en día el túnel más largo del mundo es el que une las islas de Honshou y Hokkaido en el Japón. Es una vía férrea de casi 50 kilómetros de longitud. Por otra parte, se está construyendo el túnel de la Base Gotthard, en Suiza, y se ha programado terminarlo el 2012, y tendrá una extensión de 56 kilómetros de longitud.

Imáginese el lector que entra en un túnel que empieza en Chicago, Illinois, en los Estados Unidos y maneja bajo tierra hasta Miami, en la Florida, una distancia de 1,897 kilómetros, y no sale sino hasta llegar a Miami. Ahora, imagínese un túnel de 2,016 kilómetros de longitud. Un túnel oscuro, peligroso, lleno de cavernas infestadas de bandoleros y asaltantes.

En el año 538 d.C., los verdaderos seguidores de Dios entraron en un túnel cuya longitud no se mide en kilómetros ni en millas, sino en años; un túnel a través del tiempo por 1,260 años. Un túnel de opresión y persecución llevada a cabo por la Iglesia Católica dominante y apóstata. Un túnel conocido como la Edad Oscura, donde sólo la Palabra de Dios podía alumbrar el camino.

Pero en el año 1798 d.C., el poder papal llegó a su fin, cuando el papa de Roma fue capturado por el general francés, Berthier, un hecho descrito en Apocalipsis 13:3. como “la herida de muerte”.

Desde 1517, cuando Lutero clavó sus 95 Tesis en la puerta de la iglesia del Castillo de Wittenberg, hasta 1798, la Reforma avanzó... fue una época de recuperación de las verdades por mucho tiempo olvidadas y suprimidas.

Pero, aun cuando la Reforma perdió mucho de su impulso original por las arenas del institucionalismo y del denominacionalismo, en Europa como en América, algunos humildes continuaron escudriñando la Palabra de Dios a fin de profundizar más en el conocimiento de la verdad.

Y el mayor tesoro que emergió de esta búsqueda ocurrió a tiempo. Pues en sólo una cuantas décadas, un gran movimiento sacudió el mundo, ya que éste estaba centrado en las electrizantes nuevas de que, según la Palabra de Dios, la segunda venida de Jesús estaba cerca.

Allende el Atlántico, desde Europa hasta América, veintenas de eruditos en asuntos proféticos llegaron a la misma conclusión, y el Gran Movimiento del Segundo

Avenimiento se difundió en las iglesias con resultados asombrosos.

Pero en los Estados Unidos, el personaje central de este movimiento no fue un erudito preparado en el mejor seminario del mundo. No fue un pastor famoso e influyente de alguna iglesia de una gran ciudad. Más bien fue un hombre que empezó su propio viaje espiritual con una visión reducida y ...sí limitada de Dios.

El joven deísta

Nacido en un hogar cristiano, Guillermo Miller siendo aún joven, abandonó su fe primigenia a favor del deísmo: la filosofía religiosa que afirma que Dios es básicamente un señor feudal ausente, que al principio echó el mundo a andar como un reloj, y luego fue abandonándolo a su propia suerte. Un Dios así, dice el deísmo, no tiene interés personal en su creación y, ciertamente, nunca hará milagros.

Cuando su tío y su abuelo, ambos clérigos bautistas, le visitaban ocasionalmente para trabajar en su favor respecto a sus creencias, Guillermo, divertía después a sus amigos burlándose de sus parientes.

Mas, después de un encuentro serio con la muerte, mientras servía en la guerra de 1812, Guillermo comenzó a revisar sus creencias deístas. Regresó al hogar de su niñez en Low Hampton, en el Alto Nueva York, y se dedicó a la vocación que nueve de cada diez personas compartían en los Estados Unidos por ese tiempo: la agricultura. Sus dudas acerca del deísmo se profundizaron, y su hambre de paz y de

un Salvador personal creció con mayor intensidad.

Al escudriñar su Biblia, encontró al Salvador que andaba buscando. Pero ahora, así como él se había burlado de su tío y de su abuelo, sus amigos incrédulos se burlaban de él, asegurándole que la Biblia estaba llena de contradicciones.

“Si la Biblia es la Palabra de Dios”, respondía Guillermo, “todo lo que contiene se puede entender, y todas sus partes se pueden armonizar. Dénme tiempo y yo armonizaré las aparentes contradicciones, o continuaré siendo un deísta”.

La Biblia y una concordancia

Los adventistas sabemos lo que pasó después. Miller hizo a un lado todo libro de su biblioteca excepto la Biblia y la Concordancia de Cruden, y comenzando desde el Génesis, capítulo 1, empezó a trazar su recorrido a través de las Escrituras. Decidió no avanzar tan rápido a fin de poder resolver cualquier problema o aparente contradicción que encontrara en su camino. Su método consistió en que la Biblia se explicara a sí misma.

Una tras otra, las aparentes inconsistencias de la Escritura iban resolviéndose y aclarándose. En cada capítulo, Miller halló que su amistad con Jesús se hacía más fuerte y profunda. Avanzaba versículo tras versículo, hasta que un día llegó a un pasaje que captó su atención por el resto de su vida... comenzando así un movimiento que, igualmente, captaría la atención de la todavía naciente nación americana con sólo diecisiete millones de habitantes.

El gran tema de estudio y análisis de Miller fue Daniel

8:14: “Hasta dos mil y trescientos días; el santuario será purificado”.

Su pasión se transformó en una actividad agotadora que lo llevaba a pasar noches enteras sin dormir. Comparando escritura con escritura, descubrió que cuando se habla de tiempos proféticos, un día en la Biblia es igual a un año. Así que, los 2,300 días eran igual a 2,300 años. Estudios posteriores de Daniel capítulos 8 y 9 llevaron a Miller a concluir que los 2,300 años comenzaron en el año 457 a.C., lo que significaba, según sus cálculos, que este período terminaría en 1843... a escasos 25 años en el futuro.

Y la limpieza del santuario, concluía Miller, era el retorno personal de Jesucristo a la tierra en su Segunda Venida. En su interior Miller escuchaba una voz que le decía: “Ve y dilo al mundo”.

Por cinco años más, Miller evadió este llamado interior, dedicándose a estudiar más profundamente sus descubrimientos, constatando una y otra vez las conclusiones a que había llegado. Cuando estos años de estudio e investigación pusieron a un lado sus dudas, un nuevo problema surgió: el miedo a hablar en público. Por otros ocho años, Miller resistió el llamado interior que sentía para compartir mediante la predicación sus descubrimientos. Pero esa voz interna crecía y se hacía más insistente e irresistible.

Así, pues, un sábado de mañana Miller hizo un trato con Dios pensando que así se libraría de la carga que sobre él pesaba. “Oh Dios” oró, “quiero hacer un pacto contigo. Si me

invitas a predicar sobre este mensaje, entonces iré”.

Con gran alivio en su alma, Miller se arrellanó en su sillón. Nadie le pediría a un ranchero inculto de 50 años que predicara sobre la segunda venida de Cristo.

¡Falso! Alguien estaba realmente por hacerlo.

No habían pasado treinta minutos, cuando un toque fuerte a la puerta hizo levantar a Miller de su sillón.

–¡Buenos días!, tío Guillermo –dijo el muchachito en la puerta.

– Sobrino Irving –exclamó Miller–, ¿qué andas haciendo a 25 kilómetros de tu casa tan temprano en la mañana?

– Tío, Guillermo, salí antes que sirvieran el desayuno para decirle que el pastor bautista de Dresden no puede predicar en el culto de mañana. Mi papá me envió para hacerle una invitación. Él quiere que usted venga a hablarnos acerca de las cosas que ha estado estudiando en la Biblia, lo que usted cree acerca de la segunda venida de Cristo. ¿Vendrá, tío?

Lucha en el bosquecillo de maples

Miller giró sobre sus talones sin decir una palabra, dejando a Irving parado en la puerta y en completa confusión. Azotando la puerta, Miller salió rumbo al bosquecillo de Maples cercano. Allí, por una hora, luchó con Dios, no con menos fuerza que cuando Jacob peleó con el ángel, según el relato del Antiguo Testamento.

Miller estaba enojado consigo mismo por el convenio que había hecho con Dios. Se sentía como petrificado.

Rogó, suplicó a Dios que enviara a alguien, pero no a él. Finalmente, después de derramar lágrimas de angustia, se rindió a Dios... y el rendirse le trajo paz y felicidad. Tan lleno de gozo estaba que saltaba de alegría alabando y glorificando a Dios. Su hijita Lucy Ann, que lo observaba ansiosa desde la puerta, entró a la casa gritando: “Mamá, mamá, ven pronto”.

Al poco rato, Irving y Miller estaban en camino rumbo a Dresden. Tan impactada quedó la gente del lugar que persuadieron a Miller a predicar todas las noches por una semana.

Desde el mismo principio, otras invitaciones le llegaron de parte de algunos que habían oído sus mensajes en Dresden. De casi cada denominación, le llegaron pedidos urgentes como una continua y creciente avalancha.

Dondequiera Miller predicaba, se producían reavivamientos. Pueblos enteros eran transformados por sus alarmantes noticias de que la segunda venida de Jesús estaba muy cerca. Por ocho años se mantuvo Miller predicando en forma constante de un pueblo a otro. Luego, en el otoño de 1939, después de una reunión en Exeter, New Hampshire, conoció a un joven que cambiaría el curso de su ministerio.

Josué V. Himes, a la sazón, tenía 39 años de edad, pero ya era conocido por su oposición pública a la esclavitud, al alcohol, y a la guerra. Después del culto en Exeter, Himes se presentó e invitó a Miller a predicar en su iglesia, en la calle Chardon, en Boston, Massachussets.

Sucedió entonces que el 8 de diciembre de 1839, Miller predicó su primera serie de sermones en una gran ciudad de

la unión americana en dos turnos por día, pero la gente tenía que irse por no haber cabida.

–¿Cree usted en verdad lo que nos ha estado predicando? –le preguntó Himes a Miller cierta noche.

–¡Claro que sí!, hermano Himes. Si no, no lo predicaría.

–Y entonces, ¿qué está haciendo para darlo a conocer al mundo?

Cuando Miller le respondió que había hecho todo lo que podía para alcanzar a las aldeas y los pueblos pequeños a los cuales había sido invitado a predicar, Himes quedó asombrado.

–¡A las aldeas y pueblos pequeños! ¿Pero qué de las grandes ciudades? ¿Qué de Baltimore, Nueva York y Filadelfia? ¿Qué de los diecisiete millones de ciudadanos de los Estados Unidos? Si Cristo viene en unos cuantos años como usted lo cree –le dijo Himes–, entonces no hay tiempo que perder; hay que enviarles mensajes tronantes a fin de despertarlos para que se preparen.

Himes, iluminado con una visión por lo que se necesitaba hacer, llegó a ser el facilitador, planificador y organizador de las campañas de Miller. Rápidamente orquestó compromisos para el predicador en las grandes ciudades del país, y pronto el nombre de Miller era conocido en todas partes.

Himes convenció a los pastores de su propia denominación (la Conexión Cristiana) a que cedieran sus púlpitos a Miller. En una de estas iglesias, el mensaje de Miller alcanzó a la familia de Roberto Harmon. De esa

manera, su hija adolescente, Elena, entregó su vida a la esperanza adventista que había encontrado. Elena sería una futura fundadora de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Como un fuego fuera de control, el movimiento se esparció. Himes, hombre enérgico, comenzó el ministerio de las publicaciones mediante el cual acompañaría a los mensajes hablados de Miller. Otros ministros se unieron al movimiento sumandos sus esfuerzos. Josías Litch, pastor metodista, publicó un libro de 200 páginas sobre las conferencias de Miller. Litch, asimismo, ayudó a Carlos Fitch, pastor Congregacionalista de Boston a que se uniera. Litch y otro muy conocido metodista, llamado Apolo Hale, desarrollaron lo que llegó a conocerse como “el diagrama de 1843”, en el que se resumía la línea de tiempo profética, que era central para los mensajes de Miller.

Pero el “Movimiento Millerita” había crecido mucho más de lo que un solo hombre podría organizarlo. El Gran Movimiento Adventista ahora barría las iglesias de Norteamérica como un tsunami. Los campestres y congresos congregaban a miles y miles de personas.

Miller había evitado por mucho tiempo el ser específico respecto al tiempo exacto del retorno de Cristo. Su mensaje era que Cristo regresaría “cerca del año 1843”. Pero, por el mes de enero de ese año, había llegado a la conclusión, basado en un estudio adicional –y tomando en cuenta el calendario judío– que Jesús regresaría entre el 21 de marzo de 1843 y el 21 de marzo de 1844.

Cuando el año hubo pasado, y Jesús no vino, sobrevino

el primer gran chasco para el movimiento. Más tarde, en 1844, en un campestre celebrado en el mes de agosto en Exeter, New Hampshire, el movimiento tomó un nuevo impulso con los descubrimientos hechos por un ministro millerita llamado Samuel S. Snow, los cuales compartió con los asistentes presentes. Sus estudios de la profecía de Daniel sobre los 2,300 días le habían llevado a la conclusión de que Jesús vendría el día diez del séptimo mes del año judío, y que en 1844 caía el 22 de octubre, solamente dos meses más tarde.

Las electrizantes nuevas desataron un entusiasmo epidémico. La gente salió de ese campestre para esparcir al mundo el mensaje: “He aquí el esposo viene”. Pronto Miller, Himes y otros líderes del movimiento, estuvieron de acuerdo que los cálculos de Snow eran correctos.

El 22 de octubre de 1844, cien mil creyentes esperaban que su Señor apareciera en las nubes. Pero cuando el día pasó, este segundo chasco fue tan desastroso que las palabras no lo pueden expresar.

El 24 de octubre, Litch le escribió a Miller: “Es un día nublado y oscuro aquí. Las ovejas están esparcidas... y el Señor no ha venido”.

Las repercusiones

Después del Gran Chasco, algunos creyentes perdieron toda esperanza y abandonaron tanto el movimiento, como su compromiso cristiano, o ambos. Algunos concluyeron que nada había sucedido el 22 de octubre, que sencillamente

habían mal interpretado la Escritura. Otros decían que Jesús había venido el 22 de octubre, pero en forma invisible; una venida espiritual. Otros pocos entraron en una inconsolable y gran depresión. Pero algunos pocos continuaron orando y escudriñando, convencidos de que en algún punto se habían equivocado acerca de su comprensión de la Biblia.

Como cada adventista sabe ahora, de este último grupito emergió más tarde un pequeño número de estudiosos fervientes de la Biblia, quienes concluyeron que algo, en efecto, había sucedido el 22 de octubre de 1844: que en lugar de la segunda venida de Cristo, lo que había sucedido fue la entrada de Jesús en el lugar santísimo del santuario celestial, y el comienzo de su último ministerio: de intercesión.

Hombres como Hiram Edson, O.R.L. Crossier y F.B. Hahn concluyeron que el santuario a ser purificado no era la tierra, sino el santuario en el cielo.

Pronto otros se unirían a estos hombres en su estudio y en sus conclusiones. Entre ellos un joven de la Conexión Cristiana, llamado Jaime White, la hija adolescente de la familia Harmon, Elena Harmon, ahora esposa de Jaime White, y un capitán de la marina mercante, jubilado, cuyo nombre era José Bates.

De las cenizas del amargo chasco, se levantaría el Gran Movimiento Adventista que extendería su influencia más allá de su ámbito original. De las lágrimas del desencanto, se despertó una nueva certeza basada en la Palabra de Dios que daría lugar a un pueblo, cuyo encargo sería dar el último

llamado urgente al mundo de que Jesús, en verdad, está a las puertas.

De las siete iglesias del Apocalipsis, la iglesia que se extiende desde la Reforma hasta el Movimiento del Segundo Advenimiento fue la iglesia de Filadelfia: la iglesia del “amor fraternal”. Pero cuando el pueblo final de Dios fue llamado a levantarse –y salir de la confusa Babilonia formada por otras iglesias– seguiría la séptima y última iglesia: la iglesia de Laodicea. Dios tendría fuertes advertencias y reproches para esta iglesia, como lo veremos en el próximo capítulo.

¿Y qué pasó con la cadena irrompible de los fieles de Dios? Lo más seguro es que durante las décadas del Gran Movimiento del Segundo Advenimiento, esta cadena estaba formada por líderes como Miller, Himes y Fitch... y un poco más tarde por Edson, los esposos White y Bates.

Sí, como siempre ha sucedido, en esta cadena están incluidos la gran hueste de fieles anónimos, los leales a la verdad, y sólo a la verdad, pasara lo que pasara.

La carrera ha sido larga. Desde Adán, la antorcha ha pasado de una mano a otra. Con el movimiento adventista, la antorcha pasa ahora a sus manos y a las mías.

Bien cabe afirmar, que nos hallamos en el último tramo de la competencia.

La antorcha que tiene en sus manos, mi amigo, empúñela firmemente. Ella ha recorrido un largo camino. En ella se ven dibujadas las huellas digitales de Adán, Noé, Daniel, José y David. Ahí están las huellas de Pablo, de Pedro y Juan, de los valdenses, de los albigenses y hugonotes, de

Lutero, Calvino, Zwinglio y Wiclef, de Miller, Himes, Edson y White.

¿A dónde la llevará, ahora que está en sus manos?

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
—los llamados, los escogidos—, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*